

LVII.

»Y tú, noble Lisboa, que en el mundo
Fácil de las demas eres princesa,
Que naciste del genio del facundo
Por cuyo engaño fue Dardania opresa;
Tú, á quien dócil se humilla el mar profundo,
Te humillaste á la audacia Portuguesa,
Asistida también de fuerte armada,
De las Boreales playas destacada.

LVIII.

»Del Germánico Álbis, y del Reno,
Y la fria Bretaña allí venidos,
Fueron á destruir al Sarraceno,
De inspiracion cristiana conducidos;
Y embistiendo el bocal del Tajo ameno,
Del grande Alfonso al estandarte unidos,
A cuya sombra y fama van seguros,
Ponen el cerco á los Ulíseos muros.

LIX.

»Cinco luces la luna brilló entera,
Y otras cinco escondió su imágen clara,
Cuando el pueblo rendirse considera
Que es la suerte que el cielo le depara;
Y fue la lucha tan sangrienta y fiera,
Cuanto el firme propósito obligara
De vencedores ásperos y osados,
Y de vencidos ya desesperados.

LX.

»De este arte, en fin, postrada se rendia
Aquella que en los tiempos ya pasados
Jamás á la gran fuerza obedecia
De los pueblos Escíticos osados:
Cuyo poder á tanto se estendia,
Que Íber y Tajo viéronle asombrados,
Y del Bétis gran tierra poseyendo,
Con nombre de Vandalia fue creciendo.

LXI.

»Habrá ciudad alguna por ventura
Tan fuerte que resista, si Lisboa
No puede resistir la fuerza dura
De gente á quien laurel siempre corona?
Ya toda le obedece Estremadura,
Obidos, Alenquer, y los que abona
Campos vívida linfa que entre piedras
Va murmurando alegre á Torres-Vedras.

LXII.

»Y vosotras ¡oh tierras Transtagañas!
Del don tan ricas de la rubia Céres,
Las ciudades le dais y las cabañas,
Obedeciendo á más que humanos séres:
Y tú, Moro cultor, ¡cuánto te engañas
Si sustentar el fértil campo quieres!
Ya Moura, y Sérpa, y Elvas distinguidas,
Y Alcázar de la Sal están rendidas.

LXIII.

»Ved á la gran Ciudad, seguro asiento
Del rebelde Sertorio antiguamente,
De donde rio líquido de argento
Hoy lejos va á surtir á tierra y gente
Por los arcos de Rey que ciento á ciento
En los aires se elevan noblemente:
Vedla ceder al brio y fuerza brava
De Giraldo, que medios no llevaba.

LXIV.

»Ya á la ciudad de Beja á imponer grave
Pena va de Trancoso destruida
Alfonso, á quien reposo no le cabe
Por alargar con fama corta vida;
Y aunque asaz poco resistirle sabe,
No bien la ciudad triste cae rendida,
En lo que aun vivo está, la gente airada
Ensangrienta los filos de la espada.

LXV.

»Con ella subyugada fue Palmella
Y Coimbra Florida juntamente;
Y solo á fuer de su propicia estrella,
Desbarata un ejército potente;
Que yendo á la ciudad, al señor de ella
Ve que á ampararla viene diligente
Por la falda del monte, descuidado
Del temeroso encuentro inopinado.

LXVI.

»Era el de Badajoz, Rey y alto Moro,
Con cuatro mil caballos escogidos,
Y peones sin fin, de armas y de oro
A barbárica usanza guarnecidos.
Mas como en el de Mayo el bravo toro,
De vaca con los celos encendido,
Al sentir gente, bruto y ciego amante,
Asalta al descuidado caminante:

LXVII.

»Así Alfonso de pronto ha aparecido
A la gente que pasa bien segura:
Hierre, mata y derriba enfurecido,
Y huye el Rey, que salvarse solo cura:
Su ejército, de espanto poseido,
Todo seguirle en dispersion procura;
Siendo los que esto hicieron (no lo callo)
Nada más que sesenta de á caballo.

LXVIII.

»Y sigue la victoria sin tardanza
El gran Rey incansable, reuniendo
Gente de todo el reino, cuya usanza
Era andar siempre tierra sometiendo.
Y cerca á Badajoz y luego alcanza
El fin de sus deseos, combatiendo
Con tanto esfuerzo, y arte, y valentía,
Que hace pronto á las otras compañía.

LXIX.

»Pero el Señor, que hasta muy lejos guarda
El castigo de aquel que lo merece,
Y para que se enmiende lo retarda,
Por designio que al hombre no aparece,
Si hasta aquel día al fuerte Rey resguarda
De tanto y tanto riesgo á que se ofrece,
Ora á la maldición le entrega impresa
Por la madre infeliz, que tiene aun presa.

LXX.

»Que en la ciudad estando que cercára,
Cercado en ella fué por Leoneses,
Porque aquella conquista les quitára
Suya de antes, que no de Portugueses.
La pertinacia aquí le costó cara,
Cual del hado sucede en los reveses,
Que cayó de su orgullo en el acceso,
Y en la lid que buscó, vencido y preso.

LXXI.

»¡Oh famoso Pompeyo, no te pene
De tus hazañas ínclitas la ruina,
Ni el ver que justa Némesis ordene
Victoria contra tí del suegro dina!
Y por más que tu nombre el Sínér llene
Que la sombra á ningún extremo inclina,
El Fásis frío, el Bótes congelado,
Y de la Línea el límite abrasado;

LXXII.

»Y aunque domes á Arabia, y los feroces
Heniócos, y los Cólcos, cuya fama
Dice el áureo vellon: los Capadoces;
Y á Judea, que á un Dios adora y ama:
Los blandos de Sofène, y los atroces
Cilícios, y la Armenia, que derrama
Las aguas de dos rios, cuya fuente
Está en monte más santo y eminente:

LXXIII.

»Y aunque, en fin, desde el mar este de Atlante
Hasta el Scítico Táuro cerro erguido
Vencedor te temblaron, no te espante
Si el Emátio una vez te vió rendido:
Porque verás á Alfonso, antes triunfante
De todos y soberbio, ser vencido.
Quísolo así el consejo divo, eterno;
Que á aquel venciera el suegro y á este el yerno

LXXIV.

»Ya vuelto el Rey sublime finalmente
Por el divino juicio castigado;
Después que en Santarem osadamente
Del Sarraceño en vano fué cercado,
Y después que del gran mártir Vicente,
El santísimo cuerpo venerado
Del sacro promontorio tan sabido,
A la ciudad de Ulises fue traído:

LXXV.

»Porque su ansiado plan lleve adelante,
Al hijo fuerte manda el laso viejo
Que, con hueste y apresto fulminante,
Marcial la tierra embista de Alentejo.
Sancho, de esfuerzo y ánimo pujante,
Pasa, y pronto correr hace vermejo
El rio que á Sevilla va regando,
Con sangre vil del Sarraceno infando.

LXXVI.

»Y con esta victoria, más ansioso,
Ya no descansa el mozo hasta que mira
Otro estrago, cual este temeroso,
En el infiel que á Beja en torno gira.
No tardó mucho el Príncipe dichoso
Sin realizado ver lo que suspira;
Con que rabioso el Moro, en la venganza
De sus pérdidas, pone su esperanza.

LXXVII.

»Júntanse los del monte á quien Medusa
Le hizo perder el cuerpo de antes feo:
Vienen del promontorio de Ampelusa,
Y del Tingo, que asiento fue de Anteo.
Del Ábila la gente no se escusa
De llevar á la empresa armas y arreo;
Y se alza, al son de la morisca tuba,
Todo el reino que fue del noble Juba.

LXXVIII.

»Con tal entraba inmensa compañía
El Mir-Almumenim en Lusitania,
Que á trece Reyes Moros de valía
Rige, con superior cetro, en campaña,
Y haciendo al paso cuanto mal podía,
Y á impulso acaso de no propia saña,
Va á cercar, no viniéndole muy ancho,
En Santarem con ímpetu á D. Sancho.

LXXIX.

»Dále combates ásperos, haciendo
Mil ardidés de guerra el Moro odioso:
Mas no allí le aprovecha tubo horrendo,
Secreta mina, ariete poderoso;
Porque el hijo de Alfonso, no perdiendo
Ni el sentido, ni el brío generoso,
Opone en todas partes resistencia,
Ánimo incontrastable, alta prudencia.

LXXX.

»Y el viejo, á quien habian obligado
Los trabajosos años al sosiego,
En la ciudad estando, cuyo prado
Enverdecen las aguas del Mondego:
Sabiendo cómo el hijo está cercado
En Santarem del Moro pueblo ciego,
Parte de la ciudad tan diligente,
Que no parece que contó los veinte.

LXXXI.

»Y con la vieja hueste, en guerra usada,
Al hijo va á ayudar; y así ayuntados,
La Portuguesa furia acostumbrada
A los moros dispersa destrozados,
Dejando la campiña bien cuajada
De plumas, y marlotas, y tocados,
De caballo, y jaez, y escudo, y pica,
De hartos muertos señores presa rica.

LXXXII.

»Lo que quedó de tantos salió fuera
De Lusitania, en espantosa huida;
El Mir-Almumenim solo no huyera,
Porque antes, triste, se le huyó la vida.
A quien les dió victoria tan entera
Dan loores y gracias, sin medida;
Que en casos tan estraños, claramente
Más es Dios quien pelea que la gente.

LXXXIII.

»De tamañas victorias se rodeaba
El viejo Rey Alfonso esclarecido,
Cuando el que tanta lid venciendo andaba,
De años duros y muchos fue vencido:
Pálida le tocó dolencia brava
Con fria mano el cuerpo enflaquecido:
El tributo, á que nadie se resiste,
Así pagando á Libitina triste.

LXXXIV.

»Los altos promontorios le aclamaron
Y sembradas campiñas pesarosas:
Aguas de rio y fuente le lloraron,
Con lágrimas corriendo más copiosas;
Y tanto por el reino se espaciaron
De su virtud las obras valerosas,
Que *Alfonso, Alfonso*, en monte y valles huecos
No dejan nunca de sonar los ecos.

LXXXV.

»Sancho, fuerte mancebo, que quedaba,
Imitando á su padre en valentía,
Como en vida del mismo lo probaba
Cuando el Bétis de sangre reteña
Y el bárbaro poder desbarataba
Del Ismaelita Rey de Andalucía;
Y cuando los que á Beja circunyeron,
De su brazo á los golpes sucumbieron,

LXXXVI.

»Despues que por Monarca fué elevado,
Y á pocos años que reinado habia
Y á la ciudad de Silves ha cercado,
Y campos que sembró la gente impía,
Fué por huestes valientes ayudado
De la armada Germana, que venia
Con ejército y medios de pelea,
El recobro á buscar de la Judea.

LXXXVII.

»Iban la empresa á secundar que intenta
El rojo Federico, que provisto
De poderosa hueste, se presenta
En la ciudad de la pasion de Cristo,
Despues que Guido su legion sedienta
Rindió de Saladino al pueblo misto,
Allí donde al cristiano le faltaba
El agua que á los ímpios les sobraba.

LXXXVIII.

»Y á aquella armada hermosa, que aparece
Por contraste del viento hácia esa parte,
Ayudar á D. Sancho bien parece:
Y porque asiste y sirve al santo Marte,
Así como á su padre le acontece
Cuando tomó á Lisboa, de igual arte,
Del Germano ayudado, á Silves toma,
Y á su infiel poblador destruye y doma.

LXXXIX.

»Y si trofeos tantos del Mahometa
Conquista su valor, tambien del fuerte
Y fiero Leonés la tierra inquieta,
Y por do quiera esparce estrago y muerte,
Hasta que al yugo la cerviz sujeta
De Tuy soberbia que la misma suerte
Vió tener á otras villas aldeañas,
Que de Sancho pregonan las hazañas.

XC.

»Mas entre tantas palmas asaltado
De muerte por la ley, quedó heredero
Hijo suyo, de todos estimado,
Que fué segundo Alfonso y Rey tercero.
En su tiempo á los Moros fué tomado
Alcázar de la Sal, á lo postrero:
Porque de antes le entró la sarracina:
Mas ora lo pagaron con gran ruina.

XCI.

»Del muerto Alfonso el genio no reside
En el segundo Sancho descuidado;
Que tanto en su desidia se desmide,
Que de aquellos que manda es él mandado.
De gobernar el reino que otro pide,
Por causa de privados, fué privado;
Porque como por ellos se regia,
En sus vicios y fraudes consentia.

XCII.

»No era Sancho, en verdad, tan deshonesto
Como Neron, que á un mozo recibia
Por mujer, y despues horrendo incesto
Con su madre Agripina cometia:
Ni tan crudo á las gentes y funesto,
Que la ciudad quemase en que vivia:
Ni cual lo fué Heliogábalo, fué malo:
Ni como el muelle Rey Sardanapálo.

XCII.

»Ni tampoco su pueblo era oprimido
 Como Sicilia fué por sus tiranos;
 Ni habia como Fálaris querido
 Género de tormentos inhumanos;
 Mas reino que guiado está y servido
 Por señores en todo soberanos,
 A otro Rey no obedece ni consiente
 Que no sea ante todos esclente.

XCIV.

»Por esta causa el mando encomendóse
 Al conde Boloñés, por Rey no alzado
 Hasta que el plazo de vivir cumpliése
 A su hermano D. Sancho, al ocio dado:
 Ese, que Alfonso el Bravo apellidóse,
 Despues de haber el reino asegurado,
 De dilatarlo cuida: que ancho pecho,
 En espacio y lugar no cabe estrecho.

XCV.

»De los Algarves, tierra de que afora
 Por el su casamiento, estensa parte,
 Con duras armas, de la gente Mora
 Conquista, mal querida ya de Marte.
 Él del todo dejó libre y señora
 A Lusitania con esfuerzo y arte;
 Y acabó de formar la nacion fuerte,
 En la tierra que al Luso cupo en suerte.

XCVI.

»Viene luego Dionis, que bien parece
 Del bravo Alfonso estirpe noble y dina;
 Que con su genio espléndido escurece
 La liberalidad Alejandrina:
 Con este el reino próspero florece
 (Ya asentada la paz áurea y divina)
 En estatutos, leyes, y costumbres,
 En paises, ya quietos, claras lumbres.

XCVII.

»En Coimbra primero ejercitarse
 Hizo en la sabias artes de Minerva;
 Y de Helicón las musas trasladarse
 Del Mondégo á pisar la fértil yerba.
 Cuanto puede de Atenas desearse,
 Todo el facundo Apolo aquí conserva:
 Las liras y los plectros de oro y nácar,
 Las coronas de verde lauro y hácar.

XCXIII.

»En pueblos convirtió las soledades:
 Alzó torres, castillos muy seguros:
 Reformó todo el reino, y las ciudades
 Adornó de edificios y altos muros:
 Y despues que dió fin á sus bondades
 Atropos y á sus dias ya maduros,
 Á Alfonso cuarto deja, no obediente
 Hijo, mas Rey glorioso y esclente.

XCIX.

»Este las arrogancias Castellanas
 Desprecia y al contrario deja aborto:
 Porque no es de altiveces Lusitanas
 Que tema á otro poder el suyo corto:
 Antes, cuando invadió tierras hispanas
 La Máura gente, del infierno aborto,
 Entró Alfonso esforzado á hacerles guerra,
 Y á defender la Castellana tierra.

C.

»Con Semíramis nunca gente tanta
 Fue los campos Hidáspicos hinchendo;
 Ni Atila, que á la Italia toda espanta,
 Llamándose de Dios azote horrendo,
 Nunca gótica gente llevó cuanta
 Del Sarraceno bárbaro estupendo,
 De Granada á la inmensa tropa unida,
 Fue en los Tartésios campos contenida.

CI.

»Con que viendo el Rey noble Castellano
 La inexpugnable hueste, grande y fuerte,
 Temiendo más el fin del pueblo Hispano,
 Ya perdido una vez, que no su muerte,
 Pidiendo ayuda al bravo Lusitano
 Le envió la esposa á quien le unió la suerte,
 Mujer del que la manda, si hija amada
 De aquel á cuyo reino fue mandada.

CII.

»Pisaba la hermosísima María
 Los paternos palacios sublimados,
 Lindo el rostro, aunque exento de alegría,
 Y los ojos de lágrimas bañados;
 Los cabellos angélicos traía
 Por los ebúrneos hombros derramados;
 Y al padre ledo, cuyo gozo aflige,
 Llorando, estas palabras le dirige:

CIII.

—«De cuanta raza cuenta el pueblo misto
 De África toda, horrible gente estraña,
 El gran Rey de Marruecos va provisto,
 Á la conquista de la noble España:
 Poder tamaño junto no se há visto,
 Desde el salado mar la tierra baña;
 Y crudos y feroces vienen tanto,
 Que á los vivos y aun muertos dan espanto.

CIV.

»En tanto el que me diste por marido,
 Por defender la patria amedrentada,
 Con ejército escaso está ofrecido
 Al duro golpe de la Máura espada;
 Y si de ti no fuere socorrido,
 Me verás de su Trono, y dél privada,
 Y viuda, y triste, y puesta en vida oscura,
 Sin marido, sin reino y sin ventura.

CV.

»Portanto; oh Rey! de quien con largo miedo
El corriente Mulucha se alborota,
Rompe toda tardanza, acorre cedo
A estorbar de Castilla la derrota;
Si ese aspecto que muestras claro y ledó,
De padre el verdadero amor denota,
Acude, padre; si veloz no entras,
A quien ya socorrer quizá no encuentras.»—

CVI.

»De igual modo la tímida María
Hablando está, que Vénus triste cuando
A Júpiter su padre le pedia
Por hijo que el Tirreno está sulcando;
Y con tanta piedad le conmovia,
Que soltando á sus pies el rayo infando,
Todo lo otorga el padre, de amor loco,
Pesándole que pídale tan poco.

CVII.

»Pero ya del tropel de gente armada
Los Eborenses campos van cuajados:
Brillan al sol arnés, lanza y espada,
Los caballos relinchan enjaezados;
Y la canora trompa enlistonada
Los pechos, á la paz acostumbrados,
Va incitando al combate, con sus ecos,
Que zumban de los valles por los huecos.

CVIII.

»En medio y entre todos se sublima,
De las insignias reales adornado,
El valeroso Alfonso, que por cima
De todos se levanta decorado.
Con su aspecto no más mueve y anima
A cualquier corazon amedrentado;
Y con la hija así que en ella manda,
A entrar vá de Castilla por la banda.

CIX.

»Dan á los dos Alfonsos finalmente
Los campos de Tarifa ancho horizonte,
Que tapa multitud de Máura gente,
Para quien son estrechos campo y monte.
No hay corazon tan alto y tan potente
Que con gran desconfianza no se afronte,
A menos que conozca y claro vea,
Que con sus brazos Cristo es quien pelea.

CX.

»Del cristiano poder están riendo
Los de Agár en el campo muy vecino,
La tierra de antemano repartiendo
Con que ya cuenta el fierro damasquino;
Y el que, con falso título, luciendo
Está el famoso nombre Sarracino,
Así tambien la tierra que circuya,
Con cuenta equivocada, llama suya.

CXI.

»Como el membrudo bárbaro gigante,
Del Rey Saúl con causa tan temido,
Viendo al pastor inerme de él delante
De esfuerzo y piedras solo apercebido,
Con palabra soberbia y arrogante
Desprecia al flaco mozo no vestido,
Que de la honda al són le desengaña
De que más puede fé que fuerza y maña:

CXII.

»Del mismo modo el Máuro la firmeza
Desprecia de los fieles, y no entiende
Que aquella alta divina fortaleza,
De quien tiembla el infierno, les defiende.
Con ella el Castellano y con destreza,
De Marruecos al Rey embiste, ofende;
Y temblar hace al Moro de Granada
El Luso que la vida pone en nada.

CXIII.

»Las espadas y lanzas recrujian
Sobre escudos y arneses ¡fiero estrago!
Llaman (segun la ley que allí seguian)
A su Mahoma aquel, este á Santiago;
Los heridos con grito el cielo herian,
Haciendo de su sangre negro lago,
Donde otros, que del fierro se salvaban,
Semi vivos caian y se ahogaban.

CXIV.

»Con esfuerzo tan grande de hõrror llena
El Luso al Granadil, que en duro estrechõ
Le pone en poco tiempo y desordena
Armas y gente, en huracan deshecho.
Mas de alcanzar victoria á poca pena
No muy contento el generoso pecho,
Vá en ayuda del noble castellano
Que está en lid con el fuerte Mauritano.

CXV.

»Ya se iba el sol ardiente recogiendo
A la casa de Tétis, y estinguido
(Para el poniente á Véspero atrayendo)
Era aquel dia tanto esclarecido,
Cuando el poder del bárbaro tremendo
Fue por los bravos Reyes oprimido
Con mortandad tan larga, que memoria
Nunca habrá el mundo de mayor victoria.

CXVI.

»No de muertos la cuarta parte Mario
Hizo de los que en este vencimiento,
Cuando el agua, con sangre del contrario,
Dió á beber á su ejército sediento:
Ni el de Cartago, aspérrimo adversario
Del Ítalo poder por nacimiento,
Que celemines tres de anillos toma
Solo de nobles que mató de Roma.

CXVII.

»Y si tú tantas ánimas pudiste
Mandar al negro reino del Cocito,
Cuando la ciudad santa destruiste
Del pueblo, pertinaz en torpe rifo,
Fue permision celeste, ejemplo triste,
No fuerza de tu brazo, insigne Tito;
Que así por los poetas fue anunciado,
Y por Jesus despues certificado.

CXVIII.

»Alcanzada tan próspera victoria,
Y vuelto Alfonso á portuguesa tierra,
A disfrutar en paz de tanta gloria
Como supo ganar en dura guerra,
El caso triste y digno de memoria,
Que á huésped del sepulcro desentierra
Aconteció de mísera y cuitada,
Que fue despues de muerta coronada.

CXIX.

»¿Quién será, ciego dios, que de tí huya,
Y de tu dulce ley, que á tanto obliga?
Tú causaste la odiosa muerte suya,
Tratándola cual pérvida enemiga.
Si dicen, fiero Amor, que la sed tuya
Ni con lágrimas tristes se mitiga,
Es porque quieres, con maldad tirana,
Tus aras empapar en sangre humana.

CXX.

»Te hallabas, bella Inés, quieta en sosiego,
De tus años cogiendo el blando fruto,
Del alma en el engaño dulce y ciego
(Que la dicha no dura como el luto)
En el florido campo del Mondégo,
Del cristal de tus ojos nunca enjuto,
A las plantas diciendo y flores nuevas
El nombre que en el pecho escrito llevas.

CXXI.

»De tu Príncipe allí te respondian,
Los recuerdos que en su alma dominaban;
Que siempre ante sus ojos te traian,
Cuando ausentes los tuyos dél estaban,
De noche dulces sueños que mentian,
De día pensamientos que volaban;
Siendo, en fin, todo sueño y pensamiento,
Sola ocasion de dicha y de contento.

CXXII.

»De Princesas y damas mil hermosas
El los preciados tálamos no aceta,
Que no halla fino amor prendas preciosas,
Sino en el caro bien que nos sujeta.
Viendo estas raras muestras amorosas
El noble padre anciano, que respeta
El murmurar del pueblo ante el capricho
De no casarse, que el doncel le ha dicho: